

Los caminos blancos

Mariana Bernárdez



Azouaou Mammeri. View of Moulay-Idriss, ca. 1930

Los caminos blancos son aquellos que se dibujan sin apenas poder ser percibidos, todo lo que se abra hacia su interior es una mera especulación: el recuerdo de un fulgor. Asombra que sea a través suyo que ese tiempo íntimo de lo vivido sea circunscrito a nuestra capacidad de recordación, ese flexionar

hacia atrás y hacia adelante, o hacia arriba y hacia abajo, hasta llegar al punto de una pura presencia donde la multiplicidad de los tiempos es la ramificación de la memoria. Quizá tales caminos aparecen después de una larga noche donde se ha velado el alma en un desacompañado ritmo, tratando de



John Frederick Lewis. The Hhareem, ca. 1850

lograr un acorde que dé posibilidad a un desencadenamiento articulado en notas, tal vez sea la esperanza de lograrlo lo que sostiene a través de las horas, para tratar de calmar la fibrilación de una cabeza derriéndose en el fuego de la piel. Se trata de mantenerse para compartir aunque sea su travesía.

Cierro los ojos, entrelazo las manos y recorro la agilidad de los verdes en la sierra, gatopardos rasgando la iridiscencia de los amaneceres en un gris acero, lluvia de los monzones, caricia de la luz que paraliza la fragilidad del pensamiento. Me detengo, se inmoviliza la imagen, la blancura delira y ensordece los sentidos, ¿camino blanco o camino de sal? ¿Sal de la alianza o fuego liberado de las aguas?

¿Seremos acaso innombrados como la mujer de Lot cuya nostalgia la petrificó en ese abismo imposiblemente salvable que es el pasar de los tiempos? ¿Cómo habría de ser nombrada?, ¿qué palabra podría haber comprendido el misterio de su huida? quede su huella como raya de las quebra-

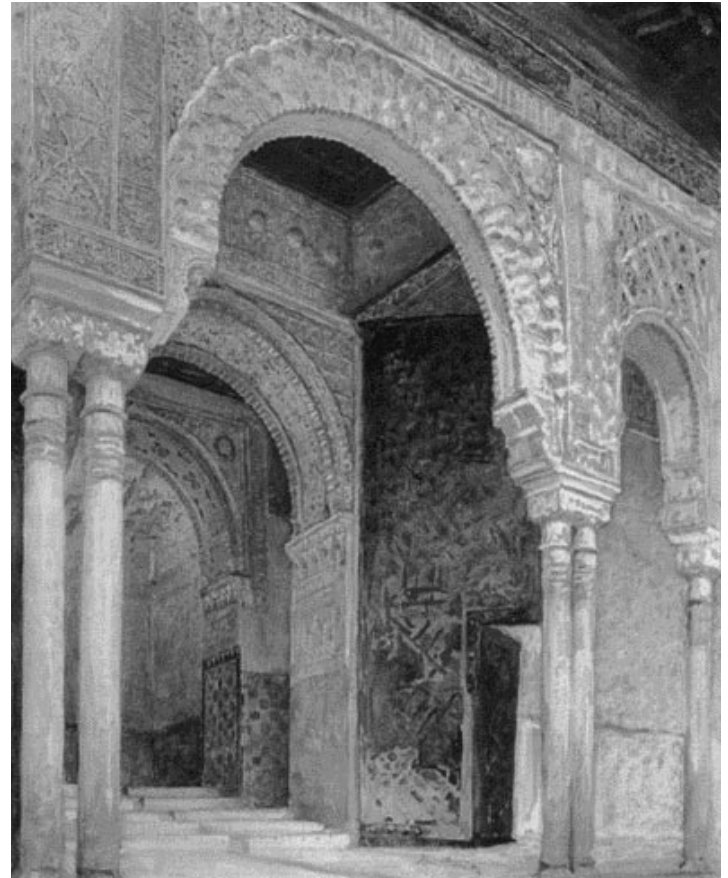
duras del alma, de quien por piedad perdura como custodio del lindero, de quien algún día será salvada por su misericordia, ¿misericordia de corazón?, ¿fidelidad que se oculta en la raíz sacrificial de quien será recordada por no haberse desprendido de sus dioses antiguos?, ¿impiedad?, ¿demasiado amor?

Los tiempos advienen por medio de la sangre que engendra sin olvidar, y muere Lot en una cueva sin haber oteado nunca la dulzura de la tierra cuyo vientre generoso le vuelve a acoger, sin haber comprendido que ahí por donde se ha caminado se permanece. ¿Y ella? Ella es cifra de sal que se siembra por los lazos del polvo. Centro. Rumor. Purificación.

Senda que no distrae del silencio. Nudo, desnudo, des-anudarse, des-andarse, recuerdo del olvido en una honda nada de la memoria, pues la senda abre el vientre de la tierra que se ofrenda a sí misma para ser arada por los pies que la habrán de recorrer una y otra vez, surco que sin más es



Ethel Carrick. The mosque at Tangier, ca. 1911



Henry Regnault. The Alhambra, Granada: Entrance to the hall of the two sisters, ca. 1869

lindero entre las orillas, ¿y qué se mira de un límite a otro sino la luminosidad?, la blancura de la arena desgranándose en espejo que alumbra en el cenit los pájaros que habrán de cruzar el cielo.

Danza antigua. Ritual de las palabras, las mujeres cantan alrededor del fuego madre, se enraman y en la contraluz de la tarde sus figuras semejan templos enraizados en árboles capaces de engendrar toda la sangre, pulso originario del fondo que respira hacia adentro en la lumbre de la vida. Palpita el viento en el vuelo sagaz del mundo y sólo una de ellas aleja su cuerpo del círculo, sigue un susurro, algo, bordea el azul del mar, llega a la punta del islote, huele a mar, su boca sabe a marisma, la brisa la moja en agua de sal y entonces entiende que el más insignificante grano será marca de clarividencia, quizá por eso las aguas que habitan los ojos.

Traza la memoria su caligrafía sobre la tersura de la tierra, honda piel que habita los nudos del cuerpo, cordillera de las cruces que la mirada no

puede abarcar, pues no hay cruz sin centro, ni infierno sin paraíso, como tampoco lenguaje original sin sentido de lo primigenio, ¿pero dónde los peldaños que nos han de liberar?

En el pórtico se resguarda el regusto de lo antiguo, la boca se llena de un humo que sopesa el paso de lo que habrá de venir, adivinanza exhausta que deshila sus sílabas entre una pregunta no pronunciada y un silencio que quema los límites de la orilla. Tensión. Instante. Seducción del vacío. El grito se profiere en la reverberación de la ira, ¿puede haber una cólera justa?, y en el estallido, la interrupción de la recurrencia temporal, nos abre hacia adentro un manantial inagotable de oscuridad; los sucesos aparecen ante los ojos ajenos al discurrir que se ha marchado sin saber a dónde, no hay adelante porque se desconoce el atrás, no hay polaridad, no hay arriba ni abajo, se está en la detención, el tiempo queda suspendido en una acción atemporal que representa el grito en



Henriette Browne. A visit (harem interior; Constantinople, 1860)

su capacidad de vaciar al cuerpo del sinsentido. El registro es el jadeo brotando como balbuceo, luego la lentitud de la sanación que se logrará cuando la garganta se pronuncie, y entonces, la voz con su luz prístina será un cristal cuyo relámpago transparentará el alma. Florescencia.

Mis ojos despiertan, huele a las calles de Córdoba, he dejado atrás la fuente del potro y he cruzado los capiteles de los arcos de la mezquita Aljama orientada hacia la lejana Damasco, el patio de naranjos y el sonido de la fuente. Mis pies reconocen la redondez de las piedras que en vericuetos por las casas cerradas ocultan el nombre de la ciudad palacio de Madinat Al Zahra. Huele a flores y azahares que la nodriza trenzaba en el agua, ¿qué tiempo es éste? Mi memoria juega al ajedrez con lo que he vivido, y aparecen ante mí las nubes de Acolman, manto custodiando el ruido del viento, cruces erectas que resguardan los troncos milenarios de árboles con cortezas en surco, cada línea un nombre, recinto que adormece el silencio, la voz, siempre la voz que va llamando como surtidor lejano y entonces comienza la lluvia que nos bautiza mientras caminamos por la calzada de los muertos y al fondo la pirámide de la luna, devorando los cerros, que observa nuestros cuerpos empequeñecidos.

Será al final del día que resuene la pregunta inevitable, ¿entre la arena y la sal, la brecha ha de ser sorteada sólo por el polvo? Y a lo lejos quedan algunas señas de lo no dicho abriendo su cauce, el ojo se entrena para el salto y comienza a descifrar los rastros de la luna blanca, de la sal germinando, de los nombres que ocultan un nombre verdadero que jamás habrá de ser pronunciado, tal vez entonces por eso no sorprenda la avidez de la sed que incrimina al nómada y menos asombro provoquen las estrías que ha ido vertiendo sobre su piel el céfiro.

Y velaré tu rostro al andar hacia el templo porque muchos han sido los días que se te negó su horizonte, no importa que queden sólo las ruinas como cifra de sus grandes columnas o el mosto del vaivén de las palmeras, tampoco el que se haya raído el cuero de las sandalias.

Tú sabes lo que es cruzar los cantos del desierto cuando la luz de la noche fulge en el cuerpo. Acertijo, que con el desgranar de minucias, se aprende que no se habrá de resolver, la tortuga ganará la carrera contra la liebre y la mujer de Lot será un sello de fuego en la memoria. ¿Y Lot? Lot será el exiliado, quizás un hijo pródigo en el trazo de caminos, que huye enloquecido al mirar las cenizas de la ciudad antigua, que levantan vuelo entre el viento de ángeles. ①